

Camilo José Cela

LA COLMENA

edición

David Herzberger

 - STOCKCERO - 

© herederos de Camilo José Cela - 2002
Foreword, bibliography & notes © David Herzberger
of this edition © Stockcero 2012
1st. Stockcero edition: 2012

ISBN: 978-1-934768-56-3

Library of Congress Control Number: 2012946717

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.
3785 N.W. 82nd Avenue
Doral, FL 33166
USA
stockcero@stockcero.com

www.stockcero.com

INDICE

INTRODUCCIÓN	VII
EL REALISMO DE <i>La colmena</i>	
EL REALISMO MITIGADO	
HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA	
BIBLIOGRAFIA	XXIX
OBRAS CITADAS EN LA INTRODUCCIÓN	
BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE <i>La colmena</i>	
CAMINOS INCIERTOS – CAMILO JOSÉ CELA	XXXI
HISTORIA INCOMPLETA DE UNAS PÁGINAS ZARANDEADAS	
NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN	XLI
NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN	XLIII
NOTA A LA TERCERA EDICIÓN	XLV
NOTA A LA CUARTA EDICIÓN	XLVII
ÚLTIMA RECAPITULACIÓN	XLIX
PRÓLOGO A LA EDICIÓN RUMANA DE <i>La Colmena</i>	LIII
(NOTAS EN TORNO A UNA SUPUESTA IMPRUDENCIA)	

LA COLMENA

CAPÍTULO PRIMERO	I
CAPÍTULO SEGUNDO	43
CAPÍTULO TERCERO	85
CAPÍTULO CUARTO	127
CAPÍTULO QUINTO	171
CAPÍTULO SEXTO	213
FINAL	223

INTRODUCCIÓN

Cuando Camilo José Cela (1916-2002) publicó *La colmena* en 1951, ya contaba con amplio reconocimiento por sus escritos literarios, entre los cuales se incluían varias novelas y colecciones de poemas, ensayos y cuentos.¹ Su obra más importante y célebre hasta aquella fecha había sido *La familia de Pascual Duarte* (1942), una novela que ofrece una dura, a la par que irónica, valoración de un hombre de carácter violento (Pascual Duarte) y de la sociedad injusta que lo engendró durante las décadas que llevaron a la guerra civil española (1936-1939). Narrada en primera persona por el protagonista, Pascual Duarte, y ofrecida en gran parte como un retrato de auto-revelación, por no decir de auto-conocimiento, *La familia de Pascual Duarte* sigue siendo una de las dos novelas de los 1940 (la otra es *Nada*, 1944, de Carmen Laforet) considerada todavía hoy como obra clave del canon novelístico español de los primeros años de la postguerra.

La prolija obra literaria de Cela en gran parte se caracteriza por su difícil integración en la historia literaria de España. Es prácticamente imposible asociar al autor con cualquiera de las generaciones de escritores de la pre o postguerra, ni se puede fácilmente adscribirlo tampoco a una serie de normas estéticas concretas o una visión teórica de la novela que lo sostenga durante su larga carrera de escritor. Efectivamente, durante las seis décadas en las que escribió fic-

¹ Los libros publicados por Cela antes de *La colmena* incluyen tres colecciones de cuentos (*Esas nubes que pasan*, 1945; *El bonito crimen del carabineiro y otras invenciones*, 1946; *El gallego y su cuadrilla y otros apuntes carpetovetónicos*, 1949), dos colecciones de poesías (*Pisando la dudosa luz del día*, 1945; *Cancionero de la Alcarria*, 1948), dos colecciones de ensayos (*Mesa revuelta*, 1945; *Viaje a la Alcarria*, 1948) y tres novelas (*La familia de Pascual Duarte*, 1942; *Pabellón de reposo*, 1943; *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes*, 1944).

ción narrativa, la novela fue para Cela un género flexible en constante reinención, o más bien, que él mismo reinventaba, liberándose de parámetros normativos o restricciones temáticas estrictas. Por esta razón Cela se destaca en la novelística española no sólo por ser uno de los maestros del siglo XX en el arte de escribir novelas, sino también por su capacidad de transformarse a sí mismo como novelista. Sus obras se resisten a la conceptualización unificadora o a la simple categorización: desde las imágenes y acciones casi grotescas de *La familia de Pascual Duarte* hasta la narrativa lírica y subjetiva de *Mrs. Caldwell habla con su hijo* (1953), pasando por la prosa escueta y el lenguaje coloquial de *La colmena* hasta llegar a la estructura laberíntica y el lenguaje desfamiliarizante de *San Camilo 1936* (1969) y *Mazurca para dos muertos* (1983).

La Guerra Civil había interrumpido casi todas las facetas de la escritura literaria en España —pocas obras de importancia fueron publicadas durante el conflicto, y después del triunfo de las fuerzas nacionalistas en 1939 muchos escritores e intelectuales huyeron del país para evitar la persecución, especialmente los que habían apoyado al bando republicano, el cual sufrió una fuerte derrota militar. Contrastando con la identificación política mayoritaria de los jóvenes intelectuales del momento (aunque bien es cierto que no toda la intelectualidad era afín a la República), Cela sirvió de soldado en el ejército nacionalista bajo el mando del general Francisco Franco, quien tras la victoria final contra la República ascendió a Jefe de Estado y Caudillo de España, imponiendo una dictadura que perduraría casi cuarenta años. Cela sufrió heridas de metralla en el frente de Logroño en el norte de España, y después de la guerra obtuvo trabajo en el gobierno civil en la Oficina de Industrias Textiles de Madrid. Sería allí donde empezase a escribir su primera novela, *La familia de Pascual Duarte*.

A pesar de la situación particular de Cela, los primeros años de la postguerra en España fueron tiempos difíciles y complicados para los escritores. El gobierno de Franco actuó rápidamente para consolidar su poder sobre casi todos los aspectos de la nación: entre otras cosas, impuso una rigurosa censura de los medios de comunicación (la prensa, el cine, la radio) y quiso excluir de la circulación pública

cualquier representación de la producción cultural percibida como una amenaza a los valores esenciales del nacionalismo español que el régimen había cuidadosamente cultivado. Al mismo tiempo, patrocinó a publicaciones y escritores conservadores que promovieran ideas afines a las del gobierno sobre el proyecto nacionalista. Es más, el franquismo infiltró el sistema de educación en todos los niveles y difundió una interpretación religiosa católica de España (de su historia y de su cultura desde la Edad Media) fundamentada en una visión maniquea según la cual se podía distinguir sin ambigüedad entre «lo español» y «lo no español.» En otras palabras, la agenda del gobierno emergió durante este tiempo claramente bajo el arco de la educación y se cristalizó en una tosquedad aplastante contra todo lo demás. Como ha observado Gregorio Cámara Villar en su prólogo al genial libro de Andrés Sopena Monsalve sobre sus experiencias en la escuela nacional-católica, «el franquismo realizó el más poderoso intento adoctrinador de toda nuestra historia.»² Fue así como el desarrollo de las letras españolas al principio de la dictadura de Franco se caracterizó por la vigilancia estricta del gobierno y un contexto cultural hueco que dejó a la literatura sin dirección, con pocos mentores para los jóvenes escritores y un ambiente hostil para la libre expresión de ideas.

No obstante, Cela no empezó a escribir durante el periodo de la postguerra en un vacío literario completamente aislado de la influencia y la tradición de otros escritores. Es importante, empero, comprender que muchos de los novelistas españoles que iniciaron sus carreras durante este periodo, especialmente aquellos que pretendían explorar temas sociales, aseveraron que sus obras eran incompatibles con las corrientes principales de la ficción europea y norteamericana. Pensemos en el caso de escritores franceses del *nouveau roman*, como Alain Robbe-Grillet o Michele Butor, quienes ponían de relieve la innovación técnica en la narrativa buscando eliminar las viejas tradiciones de la novela del siglo XIX: el retrato realista de personajes, acciones e ideas, y la representación de un mundo social que los lectores pudieran identificar fácilmente con su propia vida. Para Cela, sin embargo, tanto en *La familia de Pascual Duarte* como en *La colmena*, la decisión de adoptar la crítica social como

2 Gregorio Cámara Villar, «Prólogo,» en Andrés Sopena Monsalve, *El florido pensil* (Barcelona: Grupo Grijalbo-Mondadori, 1994), 16.

componente central de su obra apenas se ve como un acto de transgresión contra la novela en general. La representación de la realidad social queda profundamente arraigada en la tradición de la ficción española y, de hecho, para muchos críticos constituye la esencia de la novela española a lo largo de su historia.

Esto se ve, por ejemplo, en la representación crítica de la realidad social de la novela picaresca de los siglos XVII y XVIII en España, un modelo al que Cela recurre para su novela *Nuevas andanzas y desventuras de Lazarillo de Tormes* (1943). La narrativa costumbrista de la primera mitad del siglo XIX, en la que los escritores pintaron escenas de las costumbres locales y la vida cotidiana de varias regiones de España, se emparenta con el interés de Cela en la representación detallada de ciertos espacios (en *La colmena*, las calles y los barrios de Madrid), y también con la tendencia del autor de establecer un tono irónico o burlesco para retratar la realidad social en su obra. La novela realista de la segunda mitad del siglo XIX, asociada principalmente con escritores tales como Benito Pérez Galdós, Leopoldo Alas y Emilia Pardo Bazán, también forma parte de la larga tradición española de representar y escudriñar la realidad social (tanto de la ciudad como del campo) y la narrativa de Cela de *La familia de Pascual Duarte* y *La colmena* se compagina bien con esta tradición, aunque su acercamiento técnico y estético a la novela también le distinga de estos escritores. De forma semejante, un novelista como Pío Baroja (1872-1956), cuya importante trilogía *La lucha por la vida* refleja problemas sociales en los primeros años del siglo XX en España, también contribuye a la línea de escritura social de la cual *La colmena* fluye directamente.³

Parece razonable pensar, pues, que Cela sabía exactamente lo que hacía cuando entre 1945 y 1950 escribió *La colmena*, obra cuyo enfoque en la difícil realidad social contrarrestaría la imagen positiva de España que el régimen franquista intentaba forjar. Efectivamente, en el prefacio de la primera edición Cela justifica y describe su obra como «un pálido reflejo... una humilde sombra de la cotidiana, áspera, entrañable y dolorosa realidad».⁴ El gobierno compartiría con el autor esta perspectiva de su novela, viendo en ella

3 La trilogía incluye las obras siguientes: *La busca* (1904); *Mala hierba* (1904); *Aurora roja* (1905).

4 Página xli. Todas las referencias al texto de *La colmena* son de la presente edición e indicadas entre paréntesis.

una amenaza al bienestar público. El censor asignado a leer *La colmena* (el Padre Andrés Lucas de Casla) observaba lo siguiente en su informe sobre la obra: «¿Ataca al dogma o a la moral? Sí. ¿A las instituciones del Régimen? No. ¿Tiene valor literario o documental? Escaso... [En la obra] se sacan a relucir vicios y defectos actuales, especialmente los de tipo sexual. El estilo, muy realista a base de conversaciones chabacanas y salpicadas de frases groseras, no tiene mérito literario alguno. La obra es francamente inmoral y a veces resulta pornográfica y en ocasiones irreverente.»⁵ Como se puede inferir del informe del censor, el gobierno prohibió *La colmena* en España y la obra tuvo que publicarse primero en Buenos Aires en la editorial Emecé.⁶

La representación de la vida contemporánea de Madrid en *La colmena* pone de relieve dos aspectos fundamentales de la novela: 1) la centralidad de la realidad social como eje referencial de la obra; 2) el enfoque temporal en el presente inmediato –la actualidad absoluta de los sucesos contados. Sin embargo, y a pesar de este doble énfasis que a primera vista sugiere que en la obra se destaca lo puramente testimonial, *La colmena* se relaciona íntimamente con la historia, aunque el término «historia» en este contexto esté cargado de más de un solo significado. Por un lado, se refiere a la capacidad de la novela de imitar lo real y así servir de testimonio narrativo a la vida diaria en Madrid bajo el gobierno de Franco. Cela parece entender claramente el valor representativo de su novela, y con el intento de provocar un diálogo crítico (o de apropiarlo) sobre ella, escribe en el prólogo que «éste es un libro de historia, no una novela» (xlviii).

Esta perspectiva de la escritura en los 1950, tanto en relación con *La colmena* como con el creciente movimiento del realismo social en la novela española que aquélla inspira, gana solidez teórica en ensayos y entrevistas de varios novelistas de la época, pero está expuesta más directamente por Juan Goytisolo en *El furgón de cola*, libro en el que el autor atribuye una función archivera a la novela social en el contexto de la España franquista y la supresión de información sobre

5 J.M. Martínez Cachero, *Historia de la novela española entre 1936 y 1980* (Madrid: Castalia, 1985), 112-13.

6 *La colmena* no sería publicada en España hasta cuatro años después, en 1955, en la Editorial Noguer.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS CITADAS EN LA INTRODUCCIÓN

- Cámara Villar, Gregorio. «Prólogo.» En Andrés Sopena Monsalve. *El florido pensil*. Barcelona: Grupo Grijalbo-Mondadori, 1994.
- Cela, Camilo José. *Al servicio de algo*. Madrid: Alfaguara, 1969.
 _____ . *Mrs. Caldwell habla con su hijo*.
- Franco, Francisco. *Franco ha dicho*. Madrid: Ediciones Voz, 1949.
- Goytisolo, Juan. *El furgón de cola*. Barcelona: Seix Barral, 1976.
- Martínez Cachero, José María. *Historia de la novela española entre 1936 y 1980*. Madrid: Castalia, 1985.
- Morán, Fernando. *Explicación de una limitación*. Madrid: Taurus, 1971.
- Sobejano, Gonzalo. *Novela española de nuestro tiempo*, 2nd ed. Madrid: Editorial Prensa Española, 1975.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA SOBRE *La colmena*

- Alarcos Llorach, Emilio. «Al hilo de *La colmena*.» *Insula* 518-19 (1990): 3-4
- Bueno, Gustavo. «El significado filosófico de *La colmena*.» *Insula* 518-19 (1990): 11-13.
- Cabrera, Vicente. «En busca de tres personajes perdidos en *La colmena*.» *Cuadernos Hispanoamericanos* 337-38 (1978): 127-36.

- Dougherty, Dru. «Form and structure in *La colmena*: From Alienation to Continuity.» *Anales de la Novela de Postguerra* 1 (1976): 7-23.
- Barbieri, Marie. «El 'final' de *La colmena*, o la ruptura con la novela tradicional.» *Explicación De Textos Literarios* 20.2 (1990-91): 27-32.
- Gullón, Germán. «Silencios y soledades en España: *La colmena*.» *Insula* 359 (1976): 1, 14.
- Kobzina, Norma. «*Bleak House* Revisited: Cela's *La colmena*.» *Hispanófila* 28 (1984): 57-66.
- Ortega, José. «El sentido temporal en *La colmena*.» *Symposium* 19 (1965): 115-22.
- Sherzer, William. «The Role of Urban Icons in Cela's *La colmena*.» En Joaquín Roy, ed. *Camilo José Cela: Homage to a Nobel Prize*. Coral Gables: U. of Miami Press, 1991. pp. 104-09.
- Spires, Robert. «Documentación y transformación en *La colmena*.» *En La novela española de posguerra*. Madrid: CUPSA Editorial, 1978. pp. 94-131
- Thomas, Michael D. «A Frustrated Search for the Truth: The Unreliable Narrator and the Unresolved Puzzle in Cela's *La colmena*.» *Hispania* 85.2 (2002): 219-27.
- Villanueva, Darío. «La génesis literaria de *La colmena*.» *Insula* 518-19 (1990): 73-75.

CAMINOS INCIERTOS

CAMILO JOSE CELA

*Paciència en lo començament,
e riu en la fi.*¹

RAIMUNDO LULIO

HISTORIA INCOMPLETA DE UNAS PAGINAS ZARANDEADAS²

Este libro tuvo una primera juventud no poco azarosa. Hay criaturas de las que pudiera sospecharse, al verlas bullir, que nacen con el inquieto corazón tejido de rabos de lagartija y a las que por las venas, en vez de sangre, parece como correrles una huidiza lágrima de mercurio; lo mejor es dejarlas y esperar a que se paren solas, rendidas por el cansancio y el paso del tiempo.

En este instante, a los años pasados y al recapitular sobre sus extrañas iniciales conductas, me doy cuenta de que este libro va sentando cabeza. La verdad es que ya iba siendo hora de que esto aconteciese

1 Nota a *La colmena*, 8a. edición, Madrid-Barcelona, Alfaguara, colección Puerto Seguro (primera que contiene el texto completo), noviembre de 1966.

2 El verdadero título de estas palabras que siguen debiera haber sido *Historia incompleta de unas páginas zarandeadas y noticia de algún que otro bigardo*. El lector habrá de perdonarme la evidencia de que, por ahora, le deje sin las ruines y turbias nuevas que, de haber podido hacerlo, le hubiera ofrecido en este trance, pero quien manda, manda, y los españoles que no mandamos nos hacemos un nudo en el corazón —para alejar las malas inclinaciones—, otro en los labios —para espantar las expresiones ordinarias— y otro en la bragueta —para ahuyentar los pecaminosos pensamientos— y seguimos barajando con la paciencia en la que ya poseemos muy esmerada práctica; ni que decir tiene que no me refiero a los españoles de hoy, aunque tampoco los excluya, sino a los españoles en general y de siempre, vamos, desde Don Oppas hasta el Real Madrid.

Porque no ignoro lo efímera y mudadizo que vienen a resultar, a la postre, los poderes terrenales, no destruyo la *Noticia de algún que otro bigardo* que ahora duerme —la noticia: que no los bigardos que, aunque somnolientos ya, todavía colean—, sino que las custodio en mejores manos que las mías (un notario de Madrid y un banco de Nueva York) y con muy concretas instrucciones sobre los oportunos momentos históricos de decirla; en esto, como en todo, prefiero moverme inducido por razones históricas y permanentes, y no políticas o de siempre revisable oportunidad.

El diccionario de la Academia dice que *bigardo* es adjetivo figurado —que también se usa como sustantivo— que se solía aplicar a los frailes desvencuados y de vida libre; en segunda acepción, señala que vale por vago y vicioso. Pues bien: en ambas o en cualquiera de ellas caben los bigardos que no supieron apuntillarme a tiempo, que querer. ¡vaya si quisieron! Ahora ya es tarde porque, aunque me quiten la libertad, los caudales (es un decir) o la vida, jamás podrán quitarme lo bailado. Ni lo escrito (*Nota del autor*).

porque, en su mocedad, no hizo más que darle disgustos a su padre, que soy yo. Cuando los hijos salen atravesados o tarambanas, los padres tendemos –quizás por instinto de defensa– a echarle la culpa a las malas compañías. Mi hijo es bueno –argumentamos a quienes nos hacen la caridad de oírnos–; es cierto que mató a patadas y después descuartizó y tiró a un pozo a un par de viejas que estaban calcetando al sol, pero en el fondo es bueno. Quienes lo perdieron fueron las malas compañías: los jóvenes desocupados que consumen bebidas espirituosas, asisten a ejecuciones y saraos, frecuentan la ramería y juegan al billar por banda. Antes de juntarse con malas compañías, vamos, cuando andaba por los tres o cuatro años, mi hijo era incapaz de matar una mosca, se lo aseguro.

A *La colmena*, de no haber sido por las malas compañías, le hubiera lucido el pelo con mayor lustre aunque también es probable que no pudiera presentar una historia tan pintoresca y divertida, tan atrabiliaria y emocionante. El que no se consuela es porque prefiere el deleitoso y vicioso acíbar del desconsuelo.

Este libro lo empecé en Madrid, en el año 1945, y lo medio rematé en Cebreros, en el verano del 48; es evidente que después volví sobre él (de ahí su fecha 1945-1950), corrigiendo y puliendo y sobando, quitando aquí, poniendo allá y sufriendo siempre, pero la novela bien hubiera podido quedar redonda en el trance a que ahora me refiero. Antes, en el 1946, empezó mi lucha con la censura, guerra en la que perdí todas las batallas menos la última.

En *Relativa teoría del carpetovetónismo* hablo un poco de mis casas de Cebreros –la de la calle de los Mesones, la del Azoguejo, la de la Teodorita– y también de esta redacción de *La colmena* y de la mesa en la que la escribí. Para no repetir lo ya dicho, voy a limitarme a precisar algunos detalles que entonces dejé en el aire y a apuntar una noticia, importante para mi sentimiento, que no se produjo hasta hace cosa de seis u ocho días: la recuperación, que no fue nada fácil, de aquella humilde y desportillada mesa de café de pueblo.

Permítaseme una breve digresión. Entre las enfermedades profesionales –la silicosis de los mineros, el eólico saturnino de los pintores, la gota del holgazán– no suele considerarse la que pudiéramos llamar cachitis o inflamación de las cachas, enojosa dolencia que ataca a ji-

LA COLMENA

CAPÍTULO PRIMERO

No perdamos la perspectiva, yo ya estoy harta de decirlo, es lo único importante.

Doña Rosa va y viene por entre las mesas del Café, tropezando a los clientes con su tremendo trasero. Doña Rosa dice con frecuencia «leñe»¹ y «nos ha merengao»². Para doña Rosa, el mundo es su Café, y alrededor de su Café, todo lo demás. Hay quien dice que a doña Rosa le brillan los ojillos cuando viene la primavera y las muchachas empiezan a andar de manga corta. Yo creo que todo eso son hablaturías: doña Rosa no hubiera soltado jamás un buen amadeo de plata³ por nada de este mundo. Ni con primavera ni sin ella. A doña Rosa lo que le gusta es arrastrar sus arrobas,⁴ sin más ni más, por entre las mesas. Fuma tabaco de noventa,⁵ cuando está a solas, y bebe ojén,⁶ buenas copas de ojén, desde que se levanta hasta que se acuesta. Después tose y sonrío. Cuando está de buenas, se sienta en la cocina, en una banqueta baja, y lee novelas y folletines, cuanto más sangrientos, mejor: todo alimenta. Entonces le gasta bromas a la gente y les cuenta el crimen de la calle de Bordadores⁷ o el del expreso de Andalucía.⁸

-
- 1 *¡leñe!*: se usa para expresar enfado, irritación o reproche: «*¡quédate quieto ya, leñe!*»
 - 2 Eufemismo poco usual por «nos han embromado». Refleja la originalidad de Doña Rosa.
 - 3 *Amadeo de plata*: moneda de plata de cinco pesetas con la efigie del rey Amadeo I (rey de España entre 1871 y 1873).
 - 4 *Arrobas*: medida de peso equivalente a 11.5 kilos. (Implica que doña Rosa es gorda.)
 - 5 *Tabaco de noventa*: cajetilla de tabaco de picadura conocida popularmente por su precio de noventa céntimos.
 - 6 *Ojén*: aguardiente dulce preparado con anís y azúcar.
 - 7 *El crimen de la calle de Bordadores*. Probablemente se refiere a una película escrita y dirigida por Edgar Neville que se estrenó en 1946 con el título de *El crimen de la calle de Bordadores*.
 - 8 *El crimen del expreso de Andalucía* es uno de los más conocidos de su época. En 1924 fueron asesinados los dos oficiales encargados del servicio de Correos del expreso que hacía el trayecto Madrid-Córdoba. Los asesinos saquearon el vagón y partieron con un botín de 25.000 pesetas. El crimen fue muy comentado en la prensa y fomentó mucho interés entre el público.

—El padre de Navarrete, que era amigo del general don Miguel Primo de Rivera,⁹ lo fue a ver, se plantó de rodillas y le dijo: «mi general, indulte usted a mi hijo, por amor de Dios»; y don Miguel, aunque tenía un corazón de oro, le respondió: «me es imposible, amigo Navarrete; su hijo tiene que expiar sus culpas en el garrote.»

¡Qué tíos! —piensa—, ¡hay que tener riñones! Doña Rosa tiene la cara llena de manchas, parece que está siempre mudando la piel como un lagarto. Cuando está pensativa, se distrae y se saca virutas de la cara, largas a veces como tiras de serpentinas. Después vuelve a la realidad y se pasea otra vez, para arriba y para abajo, sonriendo a los clientes, a los que odia en el fondo, con sus dientecillos renegridos, llenos de basura.

Don Leonardo Meléndez debe seis mil duros a Segundo Segura, el limpia. El limpia, que es un grullo, que es igual que un grullo raquíico y entumecido, estuvo ahorrando durante un montón de años para después prestárselo todo a don Leonardo. Le está bien empleado lo que le pasa. Don Leonardo es un punto¹⁰ que vive del sable¹¹ y de planear negocios que después nunca salen. No es que salgan mal, no; es que, simplemente, no salen, ni bien ni mal. Don Leonardo lleva unas corbatas muy lucidas y se da fijador en el pelo, un fijador muy perfumado que huele desde lejos. Tiene aires de gran señor y un aplomo inmenso, un aplomo de hombre muy corrido. A mí no me parece que la haya corrido demasiado, pero la verdad es que sus ademanes son los de un hombre a quien nunca faltaron cinco duros en la cartera. A los acreedores los trata a patadas y los acreedores le sonrían y le miran con aprecio, por lo menos por fuera. No faltó quien pensara en meterlo en el juzgado y empapelarlo,¹² pero el caso es que hasta ahora nadie había roto el fuego. A don Leonardo, lo que más le gusta decir son dos cosas; palabritas del francés, como por ejemplo, «madame» y «rue» y «cravate», y también, «nosotros los Meléndez.» Don Leonardo es un hombre culto, un hombre que denota saber muchas cosas. Juega siempre un par de partiditas de damas y no bebe nunca más que café con leche. A los de las mesas próximas que ve fumando tabaco rubio les dice, muy fino: «¿me da usted un papel de

9 Miguel Primo de Rivera fue dictador militar de España entre 1923 y 1930.

10 *Un punto*: tipo, o sujeto

11 *Vivir del sable*: vivir de pedir dinero a otros que nunca se ha de pagar.

12 *Empapelarlo*: (fig. y fam.) formar una causa criminal. Abrir un expediente a alguien.

fumar? Quisiera liar un pitillo de picadura, pero me encuentro sin papel.» Entonces el otro se confía: «no, no gasto. Si quiere usted un pitillo hecho...» Don Leonardo pone un gesto ambiguo y tarda unos segundos en responder: «bueno, fumaremos rubio por variar. A mí la hebra¹³ no me gusta mucho, créame usted.» A veces el de al lado le dice no más que: «no, papel no tengo, siento no poder complacerle...», y entonces don Leonardo se queda sin fumar.

Acodados sobre el viejo, sobre el costroso mármol de los veladores,¹⁴ los clientes ven pasar a la dueña, casi sin mirarla ya, mientras piensan, vagamente, en ese mundo que, ¡ay!, no fue lo que pudo haber sido, en ese mundo en el que todo ha ido fallando poco a poco, sin que nadie se lo explicase, a lo mejor por una minucia insignificante. Muchos de los mármoles de los veladores han sido antes lápidas en las Sacramentales;¹⁵ en algunos, que todavía guardan las letras, un ciego podría leer, pasando las yemas de los dedos por debajo de la mesa: «Aquí yacen los restos mortales de la señorita Esperanza Redondo, muerta en la flor de la juventud»; o bien: «R.I.P. El Excmo. Sr. D. Ramiro López Puente. Subsecretario de Fomento.»

Los clientes de los Cafés son gentes que creen que las cosas pasan porque sí, que no merece la pena poner remedio a nada. En el de doña Rosa, todos fuman y los más meditan, a solas, sobre las pobres, amables, entrañables cosas que les llenan o les vacían la vida entera. Hay quien pone al silencio un ademán soñador, de imprecisa recordación, y hay también quien hace memoria con la cara absorta y en la cara pintado el gesto de la bestia ruin, de la amorosa, suplicante bestia cansada: la mano sujetando la frente y el mirar lleno de amargura como un mar encalmado.

Hay tardes en que la conversación muere de mesa en mesa, una conversación sobre gatas paridas,¹⁶ o sobre el suministro,¹⁷ o sobre aquel niño muerto que alguien no recuerda, sobre aquel niño muerto que, ¿no se acuerda usted?, tenía el pelito rubio, era muy mono y más

13 *Hebra*: tabaco que por su calidad superior respecto a la picadura era más caro y servía de base para la elaboración de los cigarrillos rubios.

14 *Velador*: mesita de un solo pie, redonda por lo común.

15 *Las Sacramentales*: en Madrid, cofradía que tiene por principal fin procurar enterramiento a los cofrades en el cementerio de su propiedad.

16 *Hablar sobre gatas paridas*: conversación sin importancia.

17 *Suministro*: Debido a la escasez de comida en los primeros años de la postguerra, se estableció un sistema de racionamiento de casi todos los alimentos primarios, controlado por el gobierno, que estaba en vigor por 12 años.

bien delgadito, llevaba siempre un jersey de punto color beige y debía andar por los cinco años. En estas tardes, el corazón del Café late como el de un enfermo, sin compás, y el aire se hace como más espeso, más gris, aunque de cuando en cuando lo cruce, como un relámpago, un aliento más tibio que no se sabe de dónde viene, un aliento lleno de esperanza que abre, por unos segundos, un agujerito en cada espíritu.

A don Jaime Arce, que tiene un gran aire a pesar de todo, no hacen más que protestarle letras. En el Café, parece que no, todo se sabe. Don Jaime pidió un crédito a un banco, se lo dieron y firmó unas letras. Después vino lo que vino. Se metió en un negocio donde lo engañaron, se quedó sin un real, le presentaron las letras al cobro y dijo que no podía pagarlas. Don Jaime Arce es, lo más seguro, un hombre honrado y de mala suerte, de mala pata en esto del dinero. Muy trabajador no es, ésa es la verdad, pero tampoco tuvo nada de suerte. Otros tan vagos o más que él, con un par de golpes afortunados, se hicieron con unos miles de duros, pagaron las letras y andan ahora por ahí fumando buen tabaco y todo el día en taxi. A don Jaime Arce no le pasó esto, le pasó todo lo contrario. Ahora anda buscando un destino, pero no lo encuentra. Él se hubiera puesto a trabajar en cualquier cosa, en lo primero que saliese, pero no salía nada que mereciese la pena y se pasaba el día en el Café, con la cabeza apoyada en el respaldo de peluche, mirando para los dorados del techo. A veces cantaba por lo bajo algún que otro trozo de zarzuela mientras llevaba el compás con el pie. Don Jaime no solía pensar en su desdicha; en realidad, no solía pensar nunca en nada. Miraba para los espejos y se decía: «¿quién habrá inventado los espejos?» Después miraba para una persona cualquiera, fijamente, casi con impertinencia: «¿tendrá hijos esa mujer? A lo mejor, es una vieja pudibunda.» «¿Cuántos tuberculosos habrá ahora en este café?» Don Jaime se hacía un cigarrillo finito, una pajita, y lo encendía. «Hay quien es un artista afilando lápices, les saca una punta que clavaría como una aguja y no la estropean jamás.» Don Jaime cambia de postura, se le estaba durmiendo una pierna. «¡Qué misterioso es esto! Tas, tas; tas, tas; y así toda la vida, día y noche, invierno y verano: el corazón.»

A una señora silenciosa, que suele sentarse al fondo, conforme se sube a los billares, se le murió un hijo, aún no hace un mes. El joven se llamaba Paco, y estaba preparándose para Correos. Al principio dijeron que le había dado un parálisis,¹⁸ pero después se vio que no, que lo que le dio fue la meningitis. Duró poco y además perdió el sentido en seguida. Se sabía ya todos los pueblos de León, Castilla la Vieja, Castilla la Nueva y parte de Valencia (Castellón y la mitad, sobre poco más o menos, de Alicante);¹⁹ fue una pena grande que se muriese. Paco había andado siempre medio malo desde una mojadura que se dio un invierno, siendo niño. Su madre se había quedado sola, porque su otro hijo, el mayor, andaba por el mundo, no se sabía bien dónde. Por las tardes se iba al café de doña Rosa, se sentaba al pie de la escalera y allí se estaba las horas muertas, cogiendo calor. Desde la muerte del hijo, doña Rosa estaba muy cariñosa con ella. Hay personas a quienes les gusta estar atentas con los que van de luto. Aprovechan para dar consejos o pedir resignación o presencia de ánimo y lo pasan muy bien. Doña Rosa, para consolar a la madre de Paco, le suele decir que, para haberse quedado tonto, más valió que Dios se lo llevara. La madre la miraba con una sonrisa de conformidad y le decía que claro que, bien mirado, tenía razón. La madre de Paco se llama Isabel, doña Isabel Montes, viuda de Sanz. Es una señora aún de cierto buen ver, que lleva una capita algo raída. Tiene aire de ser de buena familia. En el Café suelen respetar su silencio y sólo muy de tarde en tarde alguna persona conocida, generalmente una mujer, de vuelta de los lavabos, se apoya en su mesa para preguntarle: «¿qué?, ¿ya se va levantando ese espíritu?» Doña Isabel sonrío y no contesta casi nunca; cuando está algo más animada, levanta la cabeza, mira para la amiga y dice: «¡qué guapetona está usted, Fulanita!» Lo más frecuente, sin embargo, es que no diga nunca nada: un gesto con la mano, al despedirse, y en paz. Doña Isabel sabe que ella es de otra clase, de otra manera de ser distinta, por lo menos.

Una señorita casi vieja llama al cerillero.

—¡Padilla!

—¡Voy, señorita Elvira!

18 *Un parálisis*: fam. por un ataque de parálisis.

19 Las convocatorias en los primeros años de la postguerra eran anuales y se usaban para proveer plazas de trabajo en el Servicio de Correos. Se exigía el conocimiento y memorización de los nombres de pueblos de las provincias españolas.

—Un tritón.²⁰

La mujer rebusca en su bolso, lleno de tiernas, deshonestas cartas antiguas, y pone treinta y cinco céntimos sobre la mesa.

—Gracias.

—A usted.

Enciende el cigarro y echa una larga bocanada de humo, con el mirar perdido. Al poco rato, la señorita vuelve a llamar.

—¡Padilla!

—¡Voy, señorita Elvira!

—¿Le has dado la carta a ése?

—Sí, señorita.

—¿Qué te dijo?

—Nada, no estaba en casa. Me dijo la criada que descuidase, que se la daría sin falta a la hora de la cena.

La señorita Elvira se calla y sigue fumando. Hoy está como algo destemplada, siente escalofríos y nota que le baila un poco todo lo que ve. La señorita Elvira lleva una vida perra, una vida que, bien mirado, ni merecería la pena vivirla. No hace nada, eso es cierto, pero por no hacer nada, ni come siquiera. Lee novelas, va al Café, se fuma algún que otro tritón y está a lo que caiga. Lo malo es que lo que cae suele ser de Pascuas a Ramos,²¹ y para eso, casi siempre de desecho de tintera y defectuoso.

A don José Rodríguez de Madrid le tocó un premio de la pedrea,²² en el último sorteo. Los amigos le dicen:

—¿Ha habido suertecilla, ¿eh?

Don José responde siempre lo mismo, parece que se lo tiene aprendido:

—¡Bah! Ocho cochinos durejos.

—No, hombre, no explique, que no le vamos a pedir a usted nada.

Don José es escribiente de un juzgado y parece ser que tiene algunos ahorrillos. También dicen que se casó con una mujer rica, una moza manchega que se murió pronto, dejándole todo a don José, y

20 *Tritón*: marca de cigarrillos rubios con tabaco nacional que se pusieron a la venta en 1941 para competir con el tabaco rubio de importación.

21 *De Pascuas a Ramos*: De vez en cuando; con poca frecuencia. El Domingo de Ramos es el anterior al Domingo de Resurrección, por lo cual de Pascuas a Ramos transcurre casi todo un año. Es equivalente a la expresión «de higos a brevas», ya que las brevas aparecen 3 meses antes que los higos, o sea que entre éstos y las próximas brevas median 9 meses.

22 *Premio de la pedrea*: en la lotería de Navidad al premio mayor se lo conoce como «el gordo,» y al premio menor, que se reparte entre miles de apostadores, como de «la pedrea.»

que él se dio buena prisa en vender los cuatro viñedos y los dos olivares que había, porque aseguraba que los aires del campo le hacían mal a las vías respiratorias, y que lo primero de todo era cuidarse.

Don José, en el Café de doña Rosa, pide siempre copita; él no es un cursi ni un pobretón de esos de café con leche. La dueña lo mira casi con simpatía por eso de la común afición al ojén. «El ojén es lo mejor del mundo; es estomacal, diurético y reconstituyente; cría sangre y aleja el espectro de la impotencia.» Don José habla siempre con mucha propiedad. Una vez, hace ya un par de años, poco después de terminarse la guerra civil, tuvo un altercado con el violinista. La gente, casi toda, aseguraba que la razón la tenía el violinista, pero don José llamó a la dueña y le dijo: «o echa usted a puntapiés a ese rojo²³ irrespetuoso y sinvergüenza, o yo no vuelvo a pisar el local.» Doña Rosa, entonces, puso al violinista en la calle y ya no se volvió a saber más de él. Los clientes, que antes daban la razón al violinista, empezaron a cambiar de opinión, y al final ya decían que doña Rosa había hecho muy bien, que era necesario sentar mano dura y hacer un escarmiento. «Con estos desplantes, ¡cualquiera sabe a dónde iríamos a parar!» Los clientes, para decir esto, adoptaban un aire serio, ecuánime, un poco vergonzante. «Si no hay disciplina, no hay manera de hacer nada bueno, nada que merezca la pena» —se oía decir por las mesas.

Algún hombre ya metido en años cuenta a gritos la broma que le gastó, va ya para el medio siglo, a Madame Pimentón.

—La muy imbécil se creía que me la iba a dar. Sí, sí... ¡Estaba lista! La invité a unos blancos y al salir se rompió la cara contra la puerta. ¡Ja, ja! Echaba sangre como un becerro. Decía: «oh, la, la; oh, la la,» y se marchó escupiéndole las tripas. ¡Pobre desgraciada, anda siempre bebida! ¡Bien mirado, hasta daba risa!

Algunas caras, desde las próximas mesas, lo miran casi con envidia. Son las caras de las gentes que sonrían en paz, con beatitud, en esos instantes en que, casi sin darse cuenta, llegan a no pensar en nada. La gente es cobista²⁴ por estupidez y, a veces, sonrían aunque en el fondo de su alma sientan una repugnancia inmensa, una repugnancia que casi no pueden contener. Por cobarde se puede llegar hasta al ase-

23 *Rojo*: adjetivo denigrante que los franquistas utilizaron como equivalente a «comunista»; un término que por muchos años durante el franquismo también se usó para criticar a las voces disidentes en España.

24 *Cobista*: persona adulatora.

sinato; seguramente que ha habido más de un crimen que se haya hecho por quedar bien, por dar coba a alguien.

—A todos esos mangantes²⁵ hay que tratarlos así; las personas decentes no podemos dejar que se nos suban a las barbas. ¡Ya lo decía mi padre! ¿Quieres uvas? Pues entra por uvas. ¡Ja, ja! ¡La muy zorrupia²⁶ no volvió a arrimar por allí!

Corre por entre las mesas un gato gordo, reluciente; un gato lleno de salud y de bienestar; un gato orondo y presuntuoso. Se mete entre las piernas de una señora, y la señora se sobresalta.

—¡Gato del diablo! ¡Largo de aquí!

El hombre de la historia le sonrío con dulzura.

—Pero, señora, ¡pobre gato! ¿Qué mal le hacía a usted?

Un jovencito melenudo hace versos entre la baraúnda. Está evadido, no se da cuenta de nada; es la única manera de poder hacer versos hermosos. Si mirase para los lados se le escaparía la inspiración. Eso de la inspiración debe ser como una mariposita ciega y sorda, pero muy luminosa; si no, no se explicarían muchas cosas.

El joven poeta está componiendo un poema largo, que se llama «Destino». Tuvo sus dudas sobre si debía poner «El destino» pero al final, y después de consultar con algunos poetas ya más hechos, pensó que no, que sería mejor titularlo «Destino», simplemente. Era más sencillo, más evocador, más misterioso. Además, así, llamándole «Destino», quedaba más sugeridor, más... ¿cómo diríamos?, más impreciso, más poético. Así no se sabía si se quería aludir a «el destino», o a «un destino», a «destino incierto», a «destino fatal» o «destino feliz» o «destino azul» o «destino violado». «El destino» ataba más, dejaba menos campo para que la imaginación volase en libertad, desligada de toda traba.

El joven poeta llevaba ya varios meses trabajando en su poema. Tenía ya trescientos y pico de versos, una maqueta cuidadosamente dibujada de la futura edición y una lista de posibles suscriptores, a quienes, en su hora, se les enviaría un boletín, por si querían cubrirlo.²⁷ Había ya elegido también el tipo de imprenta (un tipo sencillo, claro, clásico; un tipo que se leyese con sosiego; vamos, queremos decir un

25 *Mangante*: sinvergüenza, [persona] que vive aprovechándose de los demás; a veces, ladrón.

26 *Zorrupia*: prostituta.

27 *Cubrir una edición*: firmar (y así, comprar) la edición del poema.

bodoni),²⁸ y tenía ya redactada la justificación²⁹ de la tirada. Dos dudas, sin embargo, atormentaban aún al joven poeta: el poner o no poner el «*Laus Deo*»³⁰ rematando el colofón, y el redactar por sí mismo, o no redactar por sí mismo, la nota biográfica para la solapa de la sobrecubierta.

Doña Rosa no era, ciertamente, lo que se suele decir una sensitiva.

—Y lo que le digo, ya lo sabe. Para golfos ya tengo bastante con mi cuñado. ¡Menudo pendón! Usted está todavía muy verdecito, ¿me entiende?, muy verdecito. ¡Pues estaría bueno! ¿Dónde ha visto usted que un hombre sin cultura y sin principios ande por ahí, tosiendo y pisando fuerte como un señorito? ¡No seré yo quien lo vea, se lo juro!

Doña Rosa sudaba por el bigote y por la frente.

—Y tú, pasmado, ya estás yendo por el periódico. ¡Aquí no hay respeto ni hay decencia, eso es lo que pasa! ¡Ya os daría yo para el pelo, ya, si algún día me cabreara! ¡Habrás visto!

Doña Rosa clava sus ojitos de ratón sobre Pepe, el viejo camarero llegado, cuarenta o cuarenta y cinco años atrás, de Mondoñedo. Detrás de los gruesos cristales, los ojitos de doña Rosa parecen los atónitos ojos de un pájaro disecado.

—¡Qué miras! ¡Qué miras! ¡Bobo! ¡Estás igual que el día que llegaste! ¡A vosotros no hay Dios que os quite el pelo de la dehesa! ¡Anda, espabila y tengamos la fiesta en paz, que si fueras más hombre ya te había puesto de patas en la calle! ¿Me entiendes? ¡Pues nos ha merengao!

Doña Rosa se palpa el vientre y vuelve de nuevo a tratarlo de usted.

—Ande, ande... Cada cual a lo suyo. Ya sabe, no perdamos ninguno la perspectiva, ¡qué leñe!, ni el respeto, ¿me entiende?, ni el respeto.

Doña Rosa levantó la cabeza y respiró con profundidad. Los pe-litos de su bigote se estremecieron con un gesto retador, con un gesto airoso, solemne, como el de los negros cuernecitos de un grillo enamorado y orgulloso.

28 *Bodoni*: letra de imprenta que popularizó el maestro italiano Giambattista Bodoni (1740-1813).

29 Toda obra publicada en España durante este tiempo, para satisfacer las normas de la censura y recibir la autorización oficial, tenía que tener una justificación aprobada por el gobierno.

30 La frase latina se incorporó a la gran mayoría de los libros publicados en España durante estos años, un reflejo de la influencia de la iglesia en casi todos los aspectos de la sociedad española. Su equivalente en español es «alabado sea Dios.»

Flota en el aire como un pesar que se va clavando en los corazones. Los corazones no duelen y pueden sufrir, hora tras hora, hasta toda una vida, sin que nadie sepamos nunca, demasiado a ciencia cierta, qué es lo que pasa.

Un señor de barbita blanca le da trocitos de bollo suizo, mojado en café con leche, a un niño morenucho que tiene sentado sobre las rodillas. El señor se llama don Trinidad García Sobrino y es prestamista. Don Trinidad tuvo una primera juventud turbulenta, llena de complicaciones y de veleidades, pero en cuanto murió su padre, se dijo: «de ahora en adelante hay que tener cautela; si no, la pringas,³¹ Trinidad.» Se dedicó a los negocios y al buen orden y acabó rico. La ilusión de toda su vida hubiera sido llegar a diputado; él pensaba que ser uno de quinientos entre veinticinco millones no estaba nada mal. Don Trinidad anduvo coqueteando varios años con algunos personajes de tercera fila del partido de Gil Robles,³² a ver si conseguía que lo sacasen diputado; a él el sitio le era igual; no tenía ninguna demarcación preferida. Se gastó algunos cuartos en convites, dio su dinero para propaganda, oyó buenas palabras, pero al final no presentaron su candidatura por lado alguno y ni siquiera lo llevaron a la tertulia del jefe. Don Trinidad pasó por momentos duros, de graves crisis de ánimo, y al final acabó haciéndose lerrouxista.³³ En el partido radical parece que le iba bastante bien, pero en esto vino la guerra y con ella el fin de su poco brillante, y no muy dilatada, carrera política. Ahora don Trinidad vivía apartado de la «cosa pública», como aquel día memorable dijera don Alejandro, y se conformaba con que lo dejaran vivir tranquilo, sin recordarle tiempos pasados, mientras seguía dedicándose al lucrativo menester del préstamo a interés.

Por las tardes se iba con el nieto al Café de doña Rosa, le daba de merendar y se estaba callado, oyendo la música o leyendo el periódico, sin meterse con nadie.

Doña Rosa se apoya en una mesa y sonrío.

31 *Pringarla*: malograr un asunto, hacer o decir algo inoportuno.

32 José María Gil Robles creó el partido Acción Popular en 1931, el cual apoyó las ideas conservadoras y católicas durante los primeros años de la Segunda República. Dos años más tarde, Gil Robles tuvo un papel prominente en la formación de la coalición de partidos de derecha que llevaba el nombre «Confederación Española de Derechas.»

33 *Lerrouxista*: miembro del Partido Radical fundado por Alejandro Lerroux. En las primeras décadas del siglo veinte, y durante los primeros años de la República, Lerroux fue radicalmente de izquierdas. Pero en 1933 se alió con la derecha. Su carrera en el gobierno terminó en 1935 cuando él y sus seguidores estaban implicados en la corrupción y el escándalo.

—¿Qué me dice, Elvirita?

—Pues ya ve usted, señora, poca cosa.

La señorita Elvira chupa del cigarro y ladea un poco la cabeza. Tiene las mejillas ajadas y los párpados rojos, como de tenerlos delicados.

—¿Se le arregló aquello?

—¿Cuál?

—Lo de...

—No, salió mal. Anduvo conmigo tres días y después me regaló un frasco de fijador.

La señorita Elvira sonrío. Doña Rosa entorna la mirada, llena de pesar.

—¡Es que hay gente sin conciencia, hija!

—¡Psché! ¿Qué más da?

Doña Rosa se le acerca, le habla casi al oído.

—¿Por qué no se arregla con don Pablo?

—Porque no quiero. Una también tiene su orgullo, doña Rosa.

—¡Nos ha merengao! ¡Todas tenemos nuestras cosas! Pero lo que yo le digo a usted, Elvirita, y ya sabe que yo siempre quiero para usted lo mejor, es que con don Pablo bien le iba.

—No tanto. Es un tío muy exigente. Y además un baboso. Al final ya lo aborrecía, ¡qué quiere usted!, ya me daba hasta repugnancia.

Doña Rosa pone la dulce voz, la persuasiva voz de los consejos.

—¡Hay que tener más paciencia, Elvirita! ¡Usted es aún muy niña!

—¿Usted cree?

La señorita Elvirita escupe debajo de la mesa y se seca la boca con la vuelta de un guante.

Un impresor enriquecido que se llama Vega, don Mario de la Vega, se fuma un puro descomunal, un puro que parece de anuncio. El de la mesa de al lado le trata de resultar simpático.

—¡Buen puro se está usted fumando, amigo!

Vega le contesta sin mirarle, con solemnidad:

—Sí, no es malo, mi duro me costó.

Al de la mesa de al lado, que es un hombre raquítrico y sonriente,

le hubiera gustado decir algo así como: «¡quién como usted!», pero no se atrevió; por fortuna le dio la vergüenza a tiempo. Miró para el impresor, volvió a sonreír con humildad, y le dijo:

—¿Un duro nada más? Parece lo menos de siete pesetas.

—Pues no: un duro y treinta de propina. Yo con esto ya me conformo.

—¡Ya puede!

—¡Hombre! No creo yo que haga falta ser un Romanones³⁴ para fumar estos puros.

—Un Romanones, no, pero ya ve usted, yo no me lo podría fumar, y como yo muchos de los que estamos aquí.

—¿Quiere usted fumarse uno?

—¡Hombre...!

Vega sonrió, casi arrepintiéndose de lo que iba a decir.

—Pues trabaje usted como trabajo yo.

El impresor soltó una carcajada violenta, descomunal. El hombre raquítrico y sonriente de la mesa de al lado dejó de sonreír. Se puso colorado, notó un calor quemándole las orejas y los ojos empezaron a escocerle. Agachó la vista para no enterarse de que todo el Café le estaba mirando; él, por lo menos, se imaginaba que todo el Café le estaba mirando.

Mientras don Pablo, que es un miserable que ve las cosas al revés, sonríe contando lo de Madame Pimentón, la señorita Elvira deja caer la colilla y la pisa. La señorita Elvira, de cuando en cuando, tiene gestos de verdadera princesa.

—¿Qué daño le hacía a usted el gatito? ¡Michino, michino, toma, toma...!

Don Pablo mira a la señora.

—¡Hay que ver qué inteligentes son los gatos! Discurren mejor que algunas personas. Son unos animalitos que lo entienden todo. ¡Michino, michino, toma, toma...!

El gato se aleja sin volver la cabeza y se mete en la cocina.

—Yo tengo un amigo, hombre adinerado y de gran influencia, no se vaya usted a creer que es ningún pelado, que tiene un gato persa que atiende por Sultán, que es un prodigio.

34 Don Alvaro de Figueroa y Torres, conde de Romanones: político aristocrático bien conocido en España en las dos primeras décadas del siglo 20.

—¿Sí?

—¡Ya lo creo! Le dice: «Sultán, ven,» y el gato viene moviendo su rabo hermoso, que parece un plumero. Le dice: «Sultán, vete», y allá se va Sultán como un caballero muy digno. Tiene unos andares muy vistosos y un pelo que parece seda. No creo yo que haya muchos gatos como ése; ése, entre los gatos, es algo así como el duque de Alba entre las personas. Mi amigo lo quiere como a un hijo. Claro que también es verdad que es un gato que se hace querer.

Don Pablo pasea su mirada por el Café. Hay un momento que tropieza con la de la señorita Elvira. Don Pablo pestañea y vuelve la cabeza.

—Y lo cariñosos que son los gatos. ¿Usted se ha fijado en lo cariñosos que son? Cuando cogen cariño a una persona ya no se lo pierden en toda la vida.

Don Pablo carraspea un poco y pone la voz grave, importante:

—¡Ejemplo deberían tomar muchos seres humanos!

—Verdaderamente.

Don Pablo respira con profundidad. Está satisfecho. La verdad es que eso de «ejemplo deberían tomar, etc.», es algo que le ha salido bordado.

Pepe, el camarero, se vuelve a su rincón sin decir ni palabra. Al llegar a sus dominios, apoya una mano sobre el respaldo de una silla y se mira, como si mirase algo muy raro, muy extraño, en los espejos. Se ve de frente, en el de más cerca; de espalda, en el del fondo; de perfil, en los de las esquinas.

—A esta tía bruja lo que le vendría de primera es que la abrieran en canal un buen día. ¡Cerde! ¡Tía zorra!

Pepe es un hombre a quien las cosas se le pasan pronto; le basta con decir por lo bajo una frasecita que no se hubiera atrevido jamás a decir en voz alta.

—¡Usurera! ¡Guarra! ¡Que te comes el pan de los pobres!

A Pepe le gusta mucho decir frases lapidarias en los momentos de mal humor. Después se va distraendo poco a poco y acaba por olvidarse de todo.

Dos niños de cuatro o cinco años juegan aburridamente, sin

ningún entusiasmo, al tren por entre las mesas. Cuando van hacia el fondo, va uno haciendo de máquina y otro de vagón. Cuando vuelven hacia la puerta, cambian. Nadie les hace caso, pero ellos siguen impasibles, desganados, andando para arriba y para abajo con una seriedad tremenda. Son dos niños ordenancistas, consecuentes, dos niños que juegan al tren, aunque se aburren como ostras, porque se han propuesto divertirse y, para divertirse, se han propuesto, pase lo que pase, jugar al tren durante toda la tarde. Si ellos no lo consiguen, ¿qué culpa tienen? Ellos hacen todo lo posible.

Pepe los mira y les dice:

—Que os vais a ir a caer...

Pepe habla el castellano, aunque lleva ya casi medio siglo en Castilla, traduciendo directamente del gallego.

Los niños le contestan «no, señor», y siguen jugando al tren sin fe, sin esperanza, incluso sin caridad, como cumpliendo un penoso deber.

Doña Rosa se mete en la cocina.

—¿Cuántas onzas echaste, Gabriel?

—Dos, señorita.

—¿Lo ves? ¡Lo ves! ¡Así no hay quien pueda! ¡y después, que si bases de trabajo,³⁵ y que si la Virgen! ¿No te dije bien claro que no echases más que onza y media? Con vosotros no vale hablar en español, no os da la gana de entender.

Doña Rosa respira y vuelve a la carga. Respira como una máquina, jadeante, precipitada: todo el cuerpo en sobresalto y un silbido roncándole por el pecho.

—Y si a don Pablo le parece que está muy claro, que se vaya con su señora a donde se lo den mejor. ¡Pues estaría bueno! ¡Habrás visto! Lo que no sabe ese piernas desgraciado es que lo que aquí sobran, gracias a Dios, son clientes. ¿Te enteras? Si no le gusta, que se vaya; eso saldremos ganando. ¡Pues ni que fueran reyes! Su señora es una víbora, que me tiene muy harta. ¡Muy harta es lo que estoy yo de la doña Pura!

Gabriel la previene, como todos los días.

—¡Que la van a oír, señorita!

—¡Que me oigan si quieren, para eso lo digo! ¡Yo no tengo pelos

35 El 16 de octubre de 1942 entró en vigor la Ley de Bases del Trabajo, que prohibía la huelga y regulaba las reglamentaciones laborales. Hasta el 24 de abril de 1958 no se ordenaron las características del convenio colectivo.

en la lengua! ¡Lo que yo no sé es cómo ese mastuerzo³⁶ se atrevió a despedir a la Elvirita, que es igual que un ángel y que no vivía pensando más que en darle gusto, y aguanta como un cordero a la liosa de la doña Pura, que es un culebrón siempre riéndose por lo bajo! En fin, como decía mi madre, que en paz descanse: ¡vivir para ver!

Gabriel trata de arreglar el desaguisado.

—¿Quiere que quite un poco?

—Tú sabrás lo que tiene que hacer un hombre honrado, un hombre que esté en sus cabales y no sea un ladrón. ¡Tú, cuando quieres, muy bien sabes lo que te conviene!

Padilla, el cerillero, habla con un cliente nuevo que le compró un paquete entero de tabaco.

—¿Y está siempre así?

—Siempre, pero no es mala. Tiene el genio algo fuerte, pero después no es mala.

—¡Pero a aquel camarero le llamó bobo!

—¡Anda, eso no importa! A veces también nos llama maricas y rojos.

El cliente nuevo no puede creer lo que está viendo.

—Y ustedes, ¿tan tranquilos?

—Sí, señor; nosotros tan tranquilos.

El cliente nuevo se encoge de hombros.

—Bueno, bueno...

El cerillero se va a dar otro recorrido al salón.

El cliente se queda pensativo.

—Yo no sé quién será más miserable, si esa foca sucia y enlutada o esta partida de gaznápiros. Si la agarrasen un día y le dieran una somanta³⁷ entre todos, a lo mejor entraba en razón. Pero, ¡ca!, no se atreven. Por dentro estarán todo el día mentándole al padre, pero por fuera, ¡ya lo vemos! «¡Bobo, lárgate! ¡Ladrón, desgraciado!»

Ellos, encantados. «Sí, señor; nosotros tan tranquilos.» ¡Ya lo creo! Caray con esta gente, ¡así da gusto!

El cliente sigue fumando. Se llama Mauricio Segovia y está empleado en la Telefónica. Digo todo esto porque, a lo mejor, después vuelve a salir. Tiene unos treinta y ocho o cuarenta años y el pelo rojo

36 *Mastuerzo*: torpe, necio.

37 *Somanta*: paliza

y la cara llena de pecas. Vive lejos, por Atocha; vino a este barrio por casualidad, vino detrás de una chica que, de repente, antes de que Mauricio se decidiese a decirle nada, dobló una esquina y se metió por el primer portal.

Segundo, el limpiabotas, va voceando:

—¡Señor Suárez! ¡Señor Suárez!

El señor Suárez, que tampoco es un habitual, se levanta de donde está y va al teléfono. Anda cojeando, cojeando de arriba, no del pie. Lleva un traje a la moda, de un color clarito, y usa lentes de pinza. Representa tener unos cincuenta años y parece dentista o peluquero. También parece, fijándose bien, un viajante de productos químicos. El señor Suárez tiene todo el aire de ser un hombre muy atareado, de esos que dicen al mismo tiempo: «un exprés solo; el limpia; chico, búscame un taxi». Estos señores tan ocupados, cuando van a la peluquería, se afeitan, se cortan el pelo, se hacen las manos, se limpian los zapatos y leen el periódico. A veces, cuando se despiden de algún amigo, le advierten: «de tal a tal hora, estaré en el Café; después me daré una vuelta por el despacho, y a la caída de la tarde me pasaré por casa de mi cuñado; los teléfonos vienen en la guía; ahora me voy porque tengo todavía multitud de pequeños asuntos que resolver.» De estos hombres se ve en seguida que son los triunfadores, los señalados, los acostumbrados a mandar.

Por teléfono, el señor Suárez habla en voz baja, atiplada, una voz de lila,³⁸ un poco redicha. La chaqueta le está algo corta y el pantalón le queda ceñido, como el de un torero.

—¿Eres tú?

—...

—¡Descarado, más que descarado! ¡Eres un carota!

—...

—Sí... Sí... Bueno, como tú quieras.

—...

—Entendido. Bien; descuida, que no faltaré.

—...

—Adiós, chato.

—...

—¡Je, je! ¡Tú siempre con tus cosas! Adiós; pichón; ahora te recojo.

El señor Suárez vuelve a su mesa. Va sonriendo y ahora lleva la cojera algo temblona, como estremecida; ahora lleva una cojera casi cachonda,³⁹ una cojera coqueta, casquivana. Paga su café, pide un taxi y, cuando se lo traen, se levanta y se va. Mira con la frente alta, como un gladiador romano; va rebosante de satisfacción, radiante de gozo.

Alguien lo sigue con la mirada hasta que se lo traga la puerta giratoria. Sin duda alguna, hay personas que llaman más la atención que otras. Se les conoce porque tienen como una estrellita en la frente.

La dueña da media vuelta y va hacia el mostrador. La cafetera niquelada borbotea pariendo sin cesar tazas de café exprés, mientras la registradora de cobriza antigüedad suena constantemente.

Algunos camareros de caras flácidas, tristonas, amarillas, esperan, embutidos en sus trasnochados smokings, con el borde de la bandeja apoyado sobre el mármol, a que el encargado les dé las consumiciones y las doradas y plateadas chapitas de las vueltas.

El encargado cuelga el teléfono y reparte lo que le piden.

—¿Conque otra vez hablando por ahí, como si no hubiera nada que hacer?

—Es que estaba pidiendo más leche, señorita.

—¡Sí, más leche! ¿Cuánta han traído esta mañana?

—Como siempre, señorita: sesenta.

—¿Y no ha habido bastante?

—No, parece que no va a llegar.

—Pues, hijo, ¡ni que estuviésemos en la Maternidad! ¿Cuánta has pedido?

—Veinte más.

—¿Y no sobraré?

—No creo.

—¿Cómo «no creo»? ¡Nos ha merengao! ¿Y si sobra, di?

—No, no sobraré. ¡Vamos, digo yo!

—Sí, «digo yo», como siempre, «digo yo», eso es muy cómodo. ¿Y si sobra?

—No, ya verá como no ha de sobrar. Mire usted cómo está el salón.

39 *Cachonda*: excitado sexualmente (término algo grosero).

—Sí, claro, cómo está el salón, cómo está el salón. Eso se dice muy pronto. ¡Porque soy honrada y doy bien, que si no ya verías a dónde se iban todos! ¡Pues menudos son!

Los camareros, mirando para el suelo, procuran pasar inadvertidos.

—Y vosotros, a ver si os alegráis. ¡Hay muchos cafés solos en esas bandejas! ¿Es que no sabe la gente que hay suizos, y mojicones⁴⁰, y torteles?⁴¹ No, ¡si ya lo sé! ¡Si sois capaces de no decir nada! Lo que quisiérais es que me viera en la miseria, vendiendo los cuarenta iguales.⁴² ¡Pero os reventáis! Ya sé yo con quienes me juego la tela. ¡Estáis buenos! Anda, vamos, mover las piernas y pedir a cualquier santo que no se me suba la sangre a la cabeza.

Los camareros, como quien oye llover, se van marchando del mostrador con los servicios. Ni uno solo mira para doña Rosa. Ninguno piensa, tampoco, en doña Rosa.

Uno de los hombres que, de codos sobre el velador, ya sabéis, se sujeta la pálida frente con la mano —triste y amarga la mirada, preocupada y como sobrecogida la expresión—, habla con el camarero. Trata de sonreír con dulzura, parece un niño abandonado que pide agua en una casa del camino.

El camarero hace gestos con la cabeza y llama al echador.⁴³

Luis, el echador, se acerca hasta la dueña.

—Señorita, dice Pepe que aquel señor no quiere pagar.

—Pues que se las arregle como pueda para sacarle los cuartos; eso es cosa suya; si no se los saca, dile que se le pegan al bolsillo y en paz. ¡Hasta ahí podíamos llegar!

La dueña se ajusta los lentes y mira.

—¿Cuál es?

—Aquel de allí; aquel que lleva gafitas de hierro.

—¡Anda, qué tío, pues esto sí que tiene gracia! ¡Con esa cara! Oye, ¿y por qué regla de tres no quiere pagar?

—Ya ve... Dice que se ha venido sin dinero.

—¡Pues sí, lo que faltaba para el duro! Lo que sobran en este país son pícaros.

40 *Mojicón*: bollo fino que se usa para mojar en chocolate.

41 *Tortel*: bollo con forma de rosca, generalmente de hojaldre y relleno.

42 *Cuarenta iguales*: cupones para participar en el sorteo de la Organización Nacional de Ciegos, institución creada para sancionar el cupón como forma exclusiva de ingresos para los no videntes.

43 *Echador*: el camarero que sirve los platos.

El echador, sin mirar para los ojos de doña Rosa, habla con un hilo de voz:

—Dice que cuando tenga ya vendrá a pagar.

Las palabras, al salir de la garganta de doña Rosa, suenan como el latón.

—Eso dicen todos y después, para uno que vuelve, cien se largan, y si te he visto no me acuerdo. ¡Ni hablar! ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos! Dile a Pepe que ya sabe: a la calle con suavidad, y en la acera, dos patadas bien dadas donde se tercié.⁴⁴ ¡Pues nos ha merengao!

El echador se marchaba cuando doña Rosa volvió a hablarle:

—¡Oye! ¡Dile a Pepe que se fije en la cara!

—Sí, señorita.

Doña Rosa se quedó mirando para la escena. Luis llega, siempre con sus lecheras, hasta Pepe y le habla al oído.

—Eso es todo lo que dice. Por mí, ¡bien lo sabe Dios!

Pepe se acerca al cliente y éste se levanta con lentitud. Es un hombrecillo desmedrado, paliducho, enclenque, con lentes de pobre alambre sobre la mirada. Lleva la americana raída y el pantalón desflecado. Se cubre con un flexible⁴⁵ gris oscuro, con la cinta llena de grasa, y lleva un libro forrado de papel de periódico debajo del brazo.

—Si quiere, le dejo el libro.

—No. Ande, a la calle, no me alborote.

El hombre va hacia la puerta con Pepe detrás. Los dos salen afuera. Hace frío y las gentes pasan presurosas. Los vendedores vocean los diarios de la tarde. Un tranvía tristemente, trágicamente, casi lúgubremente bullanguero, baja por la calle de Fuencarral.

El hombre no es un cualquiera, no es uno de tantos, no es un hombre vulgar, un hombre del montón, un ser corriente y moliente; tiene un tatuaje en el brazo izquierdo y una cicatriz en la ingle. Ha hecho sus estudios y traduce algo el francés. Ha seguido con atención el ir y venir del movimiento intelectual y literario, y hay algunos folletones de *El Sol*⁴⁶ que todavía podría repetirlos casi de memoria. De mozo tuvo una novia suiza y compuso poesías ultraístas.⁴⁷

44 *Donde se tercié*: donde resulte oportuno.

45 *Flexible*: sombrero de fieltro.

46 *El Sol*: periódico cultural fundado por José Ortega y Gasset en 1917 en el que colaboraron los escritores españoles más importantes del día.

47 Movimiento literario experimental fundado en 1918, de vida relativamente corta, que coincide con otros movimientos de vanguardia de la época que rechazaban el realismo y ponían énfasis en varias formas revolucionarias de escribir.

El limpia habla con don Leonardo. Don Leonardo le está diciendo: —Nosotros los Meléndez, añoso tronco emparentado con las más rancias familias castellanas, hemos sido otrora dueños de vidas y haciendas. Hoy, ya lo ve usted, ¡casi en medio de la rue!

Segundo Segura siente admiración por don Leonardo. El que don Leonardo le haya robado sus ahorros es, por lo visto, algo que le llena de pasmo y de lealtad. Hoy don Leonardo está locuaz con él, y él se aprovecha y retoza a su alrededor como un perrillo faldero. Hay días, sin embargo, en que tiene peor suerte y don Leonardo lo trata a patadas. En esos días desdichados, el limpia se le acerca sumiso y le habla humildemente, quedamente.

—¡Qué dice usted!

Don Leonardo ni le contesta. El limpia no se preocupa y vuelve a insistir.

—¡Buen día de frío!

—Sí.

El limpia entonces sonrío. Es feliz y, por ser correspondido, hubiera dado gustoso otros seis mil duros.

—¿Le saco un poco de brillo?

El limpia se arrodilla, y don Leonardo, que casi nunca suele ni mirarle, pone el pie con displicencia en la plantilla de hierro de la caja.

Pero hoy, no. Hoy don Leonardo está contento. Seguramente está redondeando el anteproyecto para la creación de una importante Sociedad Anónima.

—En tiempos, ¡oh, mon Dieu!, cualquiera de nosotros se asomaba a la Bolsa y allí nadie compraba ni vendía hasta ver lo que hacíamos.

—¡Hay que ver! ¿Eh?

Don Leonardo hace un gesto ambiguo con la boca, mientras con la mano dibuja jeribeques⁴⁸ en el aire.

—¿Tiene usted un papel de fumar? —dice al de la mesa de al lado—; quisiera fumar un poco de picadura y me encuentro sin papel en este momento.

El limpia calla y disimula; sabe que es su deber.

Doña Rosa se acerca a la mesa de Elvirita, que había estado mirando para la escena del camarero y el hombre que no pagó el café.

48 *Jeribeques*: contorsiones.

—¿Ha visto usted, Elvirita?

La señorita Elvira tarda unos instantes en responder.

—¡Pobre chico! A lo mejor no ha comido en todo el día, doña Rosa.

—¿Usted también me sale romántica? ¡Pues vamos servidos! Le juro a usted que a corazón tierno no hay quien me gane, pero, ¡con estos abusos!

Elvirita no sabe qué contestar. La pobre es una sentimental que se echó a la vida para no morir de hambre, por lo menos, demasiado de prisa. Nunca supo hacer nada y, además, tampoco es guapa ni de modales finos. En su casa, de niña, no vio más que desprecio y calamidades. Elvirita era de Burgos, hija de un punto de mucho cuidado, que se llamó, en vida, Fidel Hernández. A Fidel Hernández, que mató a la Eudisia, su mujer, con una lezna de zapatero, lo condenaron a muerte y lo agarrotó⁴⁹ Gregorio Mayoral⁵⁰ en el año 1909. Lo que él decía: «si la mato a sopas con sulfato, no se entera ni Dios.» Elvirita, cuando se quedó huérfana, tenía once o doce años y se fue a Villalón, a vivir con una abuela, que era la que pasaba el cepillo del pan⁵¹ de San Antonio en la parroquia. La pobre vieja vivía mal, y cuando le agarrotaron al hijo empezó a desinflarse y al poco tiempo se murió. A Elvirita la embromaban las otras mozas del pueblo enseñándole la picota y diciéndole: «¡en otra igual colgaron a tu padre, tía asquerosa!» Elvirita, un día que ya no pudo aguantar más, se largó del pueblo con un asturiano que vino a vender peladillas por la función. Anduvo con él dos años largos, pero como le daba unas tundas tremendas que la deslomaba, un día, en Orense, lo mandó al cuerno y se metió de pupila en casa de la Pelona, en la calle del Villar, donde conoció a una hija de la Marraca, la leñadora de la pradera de Francelos, en Ribadavia, que tuvo doce hijas, todas busconas. Desde entonces, para Elvirita todo fue rodar y coser y cantar, digámoslo así.

La pobre estaba algo amargada, pero no mucho. Además, era de buenas intenciones y, aunque tímida, todavía un poco orgullosa.

Don Jaime Arce, aburrido de estar sin hacer nada, mirando para el techo y pensando en vaciedades, levanta la cabeza del respaldo y ex-

49 *Agarrotar*: ejecutar mediante el garrote vil.

50 *Gregorio Mayoral Sendino (1863 - 1928)*: famoso verdugo titular de la Audiencia de Burgos.

51 *Cepillo del pan*: caja en la iglesia para limosnas.

plica a la señora silenciosa del hijo muerto, a la señora que ve pasar la vida desde debajo de la escalera de caracol que sube a los billares:

—Infundios... Mala organización... También errores, no lo niego. Créame que no hay más. Los bancos funcionan defectuosamente, y los notarios, con sus oficiosidades, con sus precipitaciones, echan los pies por alto antes de tiempo y organizan semejante desbarajuste que después no hay quien se entienda.

Don Jaime pone un mundano gesto de resignación.

—Luego viene lo que viene: los protestos, los líos y la monda.

Don Jaime Arce habla despacio, con parsimonia, incluso con cierta solemnidad. Cuida el ademán y se preocupa por dejar caer las palabras lentamente, como para ir viendo, y midiendo y pesando, el efecto que hacen. En el fondo, no carece también de cierta sinceridad. La señora del hijo muerto, en cambio, es como una tonta que no dice nada; escucha y abre los ojos de una manera rara, de una manera que parece más para no dormirse que para atender.

—Eso es todo, señora, y lo demás, ¿sabe lo que le digo?, lo demás son macanas.⁵²

Don Jaime Arce es hombre que habla muy bien, aunque dice, en medio de una frase bien cortada, palabras poco finas, como la monda,⁵³ o el despiporrio,⁵⁴ y otras por el estilo.

La señora lo mira y no dice nada. Se limita a mover la cabeza, para adelante y para atrás, con un gesto que tampoco significa nada.

—Y ahora, ¡ya ve usted!, en labios de la gente. ¡Si mi pobre madre levantara la cabeza!

La señora, la viuda de Sanz, doña Isabel Montes, cuando don Jaime andaba por lo de «¿Sabe lo que le digo?», empezó a pensar en su difunto, en cuando lo conoció, de veintitrés años, apuesto, elegante, muy derecho, con el bigote engomado. Un vaho de dicha recorrió, un poco confusamente, su cabeza, y doña Isabel sonrió, de una manera muy discreta, durante medio segundo. Después se acordó del pobre Paquito, de la cara de bobo que se le puso con la meningitis, y se entristeció de repente, incluso con violencia.

Don Jaime Arce, cuando abrió los ojos que había entornado para dar mayor fuerza a lo de «¡Si mi pobre madre levantara la cabeza!», se fijó en doña Isabel y le dijo, obsequioso:

52 *Macana*: mentira

53 *Monda*: el colmo

54 *Despiporrio*: confusión.

- ¿Se siente usted mal, señora? Está usted un poco pálida.
—No, nada, muchas gracias. ¡Ideas que se le ocurren a una!

Don Pablo, como sin querer, mira siempre un poco de reojo para la señorita Elvira. Aunque ya todo terminó, él no puede olvidar el tiempo que pasaron juntos. Ella, bien mirado, era buena, dócil, complaciente. Por fuera, don Pablo fingía como despreciarla y la llamaba tía guarra y meretriz, pero por dentro la cosa variaba. Don Pablo, cuando, en voz baja, se ponía tierno, pensaba: «no son cosas del sexo, no; son cosas del corazón.» Después se le olvidaba y la hubiera dejado morir de hambre y de lepra con toda tranquilidad; don Pablo era así.

—Oye, Luis, ¿qué pasa con ese joven?

—Nada, don Pablo, que no le daba la gana de pagar el café que se había tomado.

—Habérmelo dicho, hombre; parecía buen muchacho.

—No se fíe; hay mucho mangante, mucho desaprensivo.

Doña Pura, la mujer de don Pablo, dice:

—Claro que hay mucho mangante y mucho desaprensivo, ésa es la verdad. ¡Si se pudiera distinguir! Lo que tendría que hacer todo el mundo es trabajar como Dios manda, ¿verdad, Luis?

—Puede; sí, señora.

—Pues eso. Así no habría dudas. El que trabaje que se tome su café y hasta un bollo suizo si le da la gana; pero el que no trabaje... ¡pues mira! El que no trabaja no es digno de compasión; los demás no vivimos del aire.

Doña Pura está muy satisfecha de su discurso; realmente le ha salido muy bien.

Don Pablo vuelve otra vez la cabeza hacia la señora que se asustó del gato.

—Con estos tipos que no pagan el café hay que andarse con ojo, con mucho ojo. No sabe uno nunca con quién tropieza. Ése que acaban de echar a la calle, lo mismo es un ser genial, lo que se dice un verdadero genio como Cervantes o como Isaac Peral, que un fresco redomado. Yo le hubiera pagado el café. ¿A mí qué más me da un café de más que de menos?

—Claro.